

Las 'Vasijas del silencio' que despertaron la vocación de Paula

Arte. España está representada en La Bienal de Malta por la obra de Concha García gestada en un alfar de Portillo que ha encontrado relevo en el proceso

VICTORIA M. NIÑO



Piezas de 'Rehacer', dentro del proyecto 'Vasijas del silencio. Viaje y memoria del Mediterráneo', de la escultora Concha García.

El barro de Portillo, los moldes de un artesano que reflató su negocio con jardineras en los sesenta, una artista cántabra y una discípula vallisoletana representan a España en la Bienal de Malta hasta el 29 de mayo. 'Vasijas del silencio', de Concha García, es el nombre de la obra que tiene el aliento de los últimos alfares y abre la esperanza a su continuidad.

Estas vasijas nacen en la residencia artística que propone anualmente el colectivo Néxodos con los cinco alfareros que quedan en el municipio vallisoletano. El pasado septiembre Concha García, con taller en Segovia, se trasladó al de Jesús Manuel García, Chusma, quinta generación de una familia en este negocio desde el siglo XIX. La escultora, centrada en materiales frágiles y el reflejo de la experiencia cotidiana del individuo, se interesó por unos moldes de hierro de esta familia. «A mí no me decían nada, tampoco me gusta el metal», recuerda Chusma. Y la propuso subir al desván donde había otras matrices de su abuelo «que llevaban allí décadas». Eran moldes de jardineras con las que afrontaron la crisis del plástico.

«Cuando apareció el plástico y se abarató el cristal y la porcelana, la gente abandonó el barro con el que se habían hecho los cacharros para almacenar alimentos, cocinarlos y comerlos. Entonces mi abuelo para evitar que se hundiera el alfar quiso aprender a hacer macetas y jardineras y se fue a Logroño. Luego adecuó el taller, contrató a un matricero y fue un pionero haciéndolas aquí. Hasta los ochenta, cuando empresas de producción enorme y coste más barato al estar todo mecanizado hacen imposible la competencia», relata el artesano. Esos moldes de motivos históricos y vegetales

fueron el punto de partida de Concha García. Miembro del Instituto de Arte Contemporáneo, su proyecto conectó esas figuras con el intercambio comercial del Mediterráneo en 'Rehacer'. Desde la antigüedad, las vasijas han traído y llevado mercancías así como las ideas pintadas o esculpidas en sus superficies. La fragilidad del barro ha terminado por ser la constante más resistente de todas las culturas que viven a las orillas de ese mar.

«Las piezas expuestas recogen estos flujos de bienes, ideas y saberes tendiendo un puente entre la tradición artesanal y la sensibilidad contemporánea. Funcionan como punto de partida para navegar, de forma metafórica, las aguas del Mediterráneo evocando las conexiones que han unido a sus pueblos a lo largo del tiempo», explica la doctora en Bellas Artes y docente.

Barro, vídeo, oro y algodón

El proyecto da cuenta de la continuidad en la tradición cerámica mediterránea, donde el trabajo manual, generación tras generación, se ve reflejado simbólicamente en la pieza visual 'Hacer', que propone una mirada de recuperación y conservación de la historia. «La vasija, forma arquetípica de la cuenca mediterránea, se convierte así en contenedor de memoria», aclara.

Una canoa tejida con hilos de oro, sostenida por tres barras de plata bañadas en oro y grabadas con un texto poético, es la representación metafórica del viaje que atraviesa el tiempo. Su ligereza evoca «la fragilidad y la persistencia de las trayectorias humanas».

Finalmente, un inventario de objetos cotidianos —enseres procedentes de entornos familiares— en impresiones digitales sobre algodón abraza desde la pared la instalación.



Chusma García y Concha García, en el alfar del primero el pasado verano.



Las piezas de 'Rehacer' terminadas en el taller. FOTOS JAVIER AYARZA

Esta alegoría mediterránea a través del barro tuvo otra derivada inesperada. La hija del alfarero, Paula, que estudia restauración, lleva toda su vida viendo a sus padres trabajar de lunes a sábado, entre 10 y 12 horas diarias. Chusma tenía pensado cerrar el taller cuando

llegue el momento de la jubilación. No quiere un oficio tan esclavo para su hija, que pronto se decantó por el bachillerato de artes.

Su trabajo se divide entre el barro rojo, el barro blanco y el gres. «El rojo es para la alfarería tradicional. Aún tenemos

La obra que representa a España en Malta parte de los moldes de jardineras con las que un alfarero salvó su taller en los 60

Concha García habla de la memoria cotidiana que comparten las culturas mediterráneas a través de las vasijas

clientes que quieren platos y cazuelas, pero me ocupa mucho espacio y lo solemos encargárselo a otros compañeros de aquí de Portillo que lo hacen en barro crudo y nosotros lo cocemos», cuenta Chusma. «A lo que me dedico es al blanco y al gres, más resistente. Trabajamos para restaurantes con Estrellas Michelin, como Abadía Retuerta, por ejemplo. Viene el cocinero, elige formas y se hacen las vajillas. Aquí es todo a mano, es mucho trabajo».

La experiencia de ver crear a Concha, de partir del barro para dar forma a conceptos, a ideas, más que a útiles demandados por otros, le cambió a Paula la mirada sobre el alfar. Ahora está considerando ser ella la sexta generación que trabaje con la materia prima más universal y común. De hecho está en Malta con la artista, un viaje que pensaba hacer su padre pero que le ha robado el trabajo. «Parece que ha mostrado su intención de seguir», dice Chusma, aunque espera que no sea su actividad profesional. Preferiría que trabajase por cuenta ajena y volviera al taller «como hobby, para hacer lo que quiera». Los cinco alfares de Portillo carecen de relevo generacional a excepción de este si el entusiasmo de Paula prospera.